

Historia de los Visigodos

DANIEL GÓMEZ ARAGONÉS

Historia de los Visigodos

Segunda edición



ALMUZARA

© DANIEL GÓMEZ ARAGONÉS, 2020
© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2020

Primera edición en Almuzara: abril de 2020
Primera reimpresión en Almuzara: junio de 2021

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*».

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

EDITORIAL ALMUZARA • COLECCIÓN HISTORIA

Director editorial: ANTONIO E. CUESTA LÓPEZ
Editora: ÁNGELES LÓPEZ
Diseño y maquetación: JOAQUÍN TREVIÑO
www.editorialalmuzara.com
pedidos@editorialalmuzara.com - info@editorialalmuzara.com

Imprime: GRÁFICAS LA PAZ

ISBN: 978-84-18089-95-4
Depósito Legal: CO-339-2020
Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

«Pero exaltarás mi cuerno como el del búfalo y me ungirás
de fresco óleo, y mis ojos contemplarán a mis enemigos,
y mis oídos oirán a los malvados que se alzan contra mí».

(Salmos 92, 11-12)

«He combatido la buena batalla, he terminado
la carrera, he conservado la fe».

(II a Timoteo 4, 7)

Índice

<i>Agradecimientos</i>	11
<i>Introducción. ¿Por qué un libro sobre los godos?</i> Y... ¿qué tiene éste de diferente?	13
1. El punto de partida y el largo camino.....	17
¿De dónde vienen los godos?.....	18
La división: tervingios y greutungos	23
El efecto dominó	30
A colación de los godos... ¿una alianza entre España y Suecia?	41
2. De Oriente a Occidente	47
A las puertas de la Ciudad Eterna	48
En busca de un reino	58
La religión y la lengua de los godos: de la mitología germana al cristianismo de Arrio	71
3. Un sueño hecho realidad: el <i>Regnum Gothorum</i> de Tolosa	85
La derrota del azote de Dios, una nueva realidad para visigodos y ostrogodos.....	86
Teodorico II y Eurico, los cimentadores del reino.....	95
Qué difícil es construir un reino y qué fácil puede ser perderlo	109
4. De Rávena, capital ostrogoda, a Toledo, capital visigoda.....	123
Un reino godo que tutela a otro reino godo	124
La caída de los ostrogodos y la guerra civil visigoda	138
Un rey de leyenda: el caso de Teodorico el Grande.....	155
5. Leovigildo y Recaredo: «padres de la patria»	169
Un proyecto político total	170
Familia, sangre y gloria	187

6. La maquinaria del reino en marcha	203
La herencia de padre e hijo.....	204
La unión es el objetivo	211
Esencia rebelde.....	221
7. El «otro» <i>Regnum Gothorum</i> de Toledo.....	227
La ciudad de los reyes godos	228
La cultura está viva	236
Magia, hechicería, idolatría y culto a la naturaleza	243
La respuesta de la Iglesia: cruces, santos, libros y más.....	248
8. Legislar, guerrear y engrandecer	255
Chindasvinto y Recesvinto: la fórmula padre e hijo vuelve a funcionar	256
El elegido	265
El vínculo sagrado entre el trono y el altar	279
9. Los últimos años del Reino Visigodo de Toledo	289
10. Epílogo: Una profunda huella, un legado imperecedero	303
Anexo 1. Trece <i>curiosidades godas</i> muy de nuestro gusto.....	305
Anexo 2. Cronología de los reinados	309
<i>Bibliografía</i>	311

Agradecimientos

Siempre he pensado que una de las partes más difíciles de escribir un libro es referirse a los agradecimientos, puesto que jamás recogerán todo aquello que se siente y que, lógicamente, se quiere agradecer en unas pocas palabras. Sin embargo, es de rigor intentarlo.

Los más sinceros y afectuosos agradecimientos a: Engel... «*Das kleinste Haar wirft seinen Schatten*» (Goethe). *Schönheit... Vielen Dank für alles*. A mis estimados padres, María Jesús y Valentín, eternos en su apoyo e incansables en sus hazañas diarias, y a toda mi familia por su respaldo y fuerza constantes. Un profundo agradecimiento a una persona y gran profesional que ejemplifica aquello de que la luz siempre vence a la oscuridad, mi querido amigo Jesús Callejo. Muchas gracias a mis hermanos Gonzalo Rodríguez y Julio César Pantoja, ya sabéis, el camino y el apostolado continúan. Como no, muchas gracias a mi «editora goda» en Almuzara, doña Ángeles López, por hacerte seguidora acérrima de los godos. También quería acordarme con cariño de mi colega Félix Gil, por las puertas abiertas, y de todos aquellos profesores, historiadores, estudiosos, cronistas que me han permitido recorrer esta larga travesía; sin vosotros no hubiese sido posible. No puedo ni debo olvidarme de un viejo compañero, Zar, que aguarda en la otra orilla... Como escribe San Isidoro: «Son también los únicos animales que atienden por su nombre; aman a sus dueños, cuyas casas defienden; por sus amos se exponen a la muerte».

Me gustaría seguir nombrando a más amigos sin cuyo apoyo no habría llegado hasta aquí, pero necesitaría seguramente

un libro entero para ello. Vosotros sabéis de sobra quiénes sois. Por último, darte las gracias a ti, amigo lector, por adentrarte en la lectura de las siguientes páginas. Que dicha lectura, aparte de gratificante, sea un granito de arena más en el reenganche con nuestra Historia.

Introducción

¿POR QUÉ UN LIBRO SOBRE LOS GODOS?
Y... ¿QUÉ TIENE ÉSTE DE DIFERENTE?

«...hace tiempo que la áurea Roma, cabeza de las gentes, te deseó y, aunque el mismo Poder Romano, primero vencedor, te haya poseído, sin embargo, al fin, la floreciente nación de los godos, después de innumerables victorias en todo el orbe, con empeño te conquistó y te amó y hasta ahora te goza segura entre ínfulas regias y copiosísimos tesoros en seguridad y felicidad de imperio».

Alabanza de España, San Isidoro de Sevilla

Qué mejor manera de empezar un libro sobre godos que rescatando algunas de las palabras que tan sabiamente escribió el faro intelectual del Occidente europeo, San Isidoro de Sevilla, durante este periodo. Sírvannos éstas de inspiración...

En estos tiempos inciertos que corren hoy en día, se hace más necesario si cabe el conocimiento de nuestra fascinante Historia y es ahí donde este libro quiere jugar su papel. Pero, evidentemente, no por ello el objetivo de este trabajo es el conocimiento por el mero conocimiento. El *leitmotiv* que el lector encontrará a lo largo de las páginas se justificará en que, por un lado, hay algo más que conocimiento histórico tras cada capítulo y, por otro, que los godos sí se merecían un libro de estas características en el contexto de lo que venimos defendiendo desde hace tiempo como alta divulgación histórica. Así, la mejor respuesta a la pregunta sobre la conveniencia de este libro

sobre los godos, creemos que el lector la hallará desde esta misma introducción hasta la última línea de la obra. Además, y como ya hemos comentado en algún trabajo anterior, este periodo ha estado en muchos casos cubierto de una visión un tanto catastrofista y/o sesgada, persiguiendo de esta manera algún tipo de interés del cual, evidentemente, no formamos parte. Por esta razón, nos despojaremos de cualquier tipo de prejuicio para adentrarnos en una epopeya que nos llevará desde el sur de la actual Suecia hasta España, recorriendo gran parte del este y sur de Europa descubriendo así a los godos, tanto visigodos como ostrogodos. Y es que aquí se encuentra otro elemento fundamental para el desarrollo de este libro, los ostrogodos, quienes desde la división de los godos hasta el final de su reino en la península Itálica jugaron un papel crucial en nuestra Historia como el lector podrá comprobar a través de las páginas que nos seguirán.

De esta manera, y siguiendo la magnífica y exitosa línea marcada por la colección de *Historia* de la editorial Almuzara, trataremos, dando una especial relevancia a los hechos político-militares y a los aspectos simbólicos, identitarios, esencialistas y tradicionalistas, el origen y la migración de los godos, el choque con otros pueblos bárbaros, las relaciones con los romanos, las grandes batallas del momento, la creación y la destrucción de reinos como el visigodo de Tolosa o el ostrogodo en tierras italianas, el nacimiento del *Regnum Gothorum* de Toledo y su posterior desarrollo, las luchas por el poder, etc.

Del mismo modo, añadiremos en determinados capítulos, o incluso llegado el caso dedicando un capítulo íntegro, aspectos que intentarán marcar más la diferencia si cabe con respecto a otros trabajos de esta índole y temática tales como la influencia de este periodo en la política española de mil años después, la evolución religiosa desde el paganismo germánico al cristianismo (primero en su vertiente arriana y más tarde en la católica), el estudio de manera específica de la figura de determinados monarcas que generaron a su alrededor un halo mítico que trascendió los siglos, el simbolismo de algunas ciudades, la relevancia de la cultura o la unión entre la cruz y la espada en busca de la sacralidad del reino.

No obstante, y queriendo ir más allá, no nos quedaremos aquí. También tocaremos cuestiones tan de actualidad hoy en día, pero vistas en demasiadas ocasiones desde un prisma excesivamente heterodoxo o desde un marco netamente ortodoxo, como son las prácticas de corte mágico o las creencias más populares de tinte supersticioso para, a través de las mismas, ver cómo la institución eclesiástica actuó ante esta circunstancia presente en la sociedad hispanogoda. Sin olvidarnos, claro está, de algunos mitos y leyendas que rodean estos siglos pero desde un enfoque cercano a los postulados del ilustre Joseph Campbell: «Los mitos son pistas de las potencialidades espirituales de la vida humana».

Todas estas cuestiones serán enfocadas desde un punto de vista riguroso y dinámico para seguir la línea que venimos marcando desde hace años en distintos trabajos vinculados a la identidad, la tradición y la esencia, justificando así el nombrado aspecto diferenciador de *Historia de los Visigodos*.

Empero, antes de arrancar con el lugar de procedencia de este pueblo, una última reflexión: ¿quiénes eran los godos? Si por ejemplo recurrimos al *Diccionario de la Lengua Española*, manual que debería ser de referencia para todos los hispanohablantes, comprobamos cómo en su primera acepción se señala: «Dicho de una persona: De un antiguo pueblo germánico, fundador de reinos en España, norte de Italia y sur de las Galias». En cambio, en la cuarta y quinta acepciones nos encontramos con que esta palabra es un adjetivo de corte despectivo utilizado en las Islas Canarias y en muchos países de Hispanoamérica para calificar al español peninsular. Pues bien, trascendiendo estas definiciones, veremos cómo el legado de los magnos Teodorico el Grande, Leovigildo, Recaredo y compañía no se queda aquí, sino que forma parte inherente de nuestra esencia más sagrada y resulta determinante para entender nuestro lugar en la Historia.

«Cuando los reyes godos deste mundo pasaron
Fueronse a los cielos; gran reino heredaron;
Alzaron luego rey los pueblos que quedaron...».

Poema de Fernán González

«Pues la sangre de los godos,
el linage y la nobleza
tan crescida,
¡por cuántas vías y modos
se sume su grand alteza
en esta vida!
Unos, por poco valer,
¡por cuán baxos y abatidos
que los tienen!
otros que, por no tener,
con oficios no devidos
se sontienen».

Coplas a la muerte de su padre (X), Jorge Manrique

1.

El punto de partida y el largo camino

Es muy importante que, según lo que nos permiten las fuentes escritas, los estudios arqueológicos y los trabajos de los más sobresalientes especialistas a nivel mundial, establezcamos lo más claramente posible cuál es el origen del pueblo godo y su posterior desarrollo histórico. Ésta es la única fórmula que nos permitirá comprender tanto a nivel global como a nivel particular el hecho de encontrarnos, por ejemplo, a los visigodos a principios del siglo v llamando a las puertas de Roma, teniendo en cuenta que su periplo había comenzado varios siglos atrás en las lejanas tierras de Escandinavia. Una vez establecido dicho origen, nos sumergiremos en el proceso migratorio, los antecedentes de visigodos y ostrogodos a partir de la división de la raíz poblacional y el contacto con otros pueblos bárbaros siendo determinante a nivel identitario la influencia alano-sármatas y, a nivel geopolítico, la entrada en escena de los hunos. Por último, analizaremos en el último apartado de este capítulo un asunto que bien podría encajarse en el anecdotario dentro de lo que es el contenido propiamente dicho de este trabajo pero que consideramos muy oportuno añadir como muestra del influjo histórico de nuestro pasado godo y de la conexión Suecia-España.

Entre las herramientas que utilizaremos para escribir este capítulo, aparte de la información facilitada por las investigaciones arqueológicas en lo que se refiere a las fuentes antiguas,

tenemos que destacar la obra *Getica* u *Orígenes y gestas de los godos* del cronista Jordanes, que nos ofrece datos muy oportunos gracias al conocimiento que tenía el autor de historias que hoy no hemos conservado como las de Ablavio o Casiodoro. Esta obra fue compuesta a mediados del siglo VI y su importancia reside en que, tal y como señala el traductor y autor de una sublime edición crítica Sánchez Martín: «constituye el primer intento conocido de crear una historia nacional de un pueblo europeo elaborada de modo consciente con ese objetivo». Sin esta historia de Jordanes, el conocimiento de los godos desde sus orígenes hasta el siglo VI se nos complicaría en demasía. Tampoco podemos dejar de destacar por su relevancia informativa al cronista Amiano Marcelino y su *Historia del Imperio Romano*. En cuanto a los estudios modernos, nos apoyaremos fundamentalmente en distintos trabajos de profesores como García Moreno, H. Wolfram, López Quiroga, M. Kazanski, Arce Martínez, Sanz Serrano, Valverde Castro, Jiménez Garnica, P. Heather, I. Syvanne, S. MacDowall, amén de otros. Tal vez resultaría conveniente destacar entre éstos el ya considerado clásico estudio, a la par que exhaustivo y académico, del profesor H. Wolfram, *History of the Goths*.

¿DE DÓNDE VIENEN LOS GODOS?

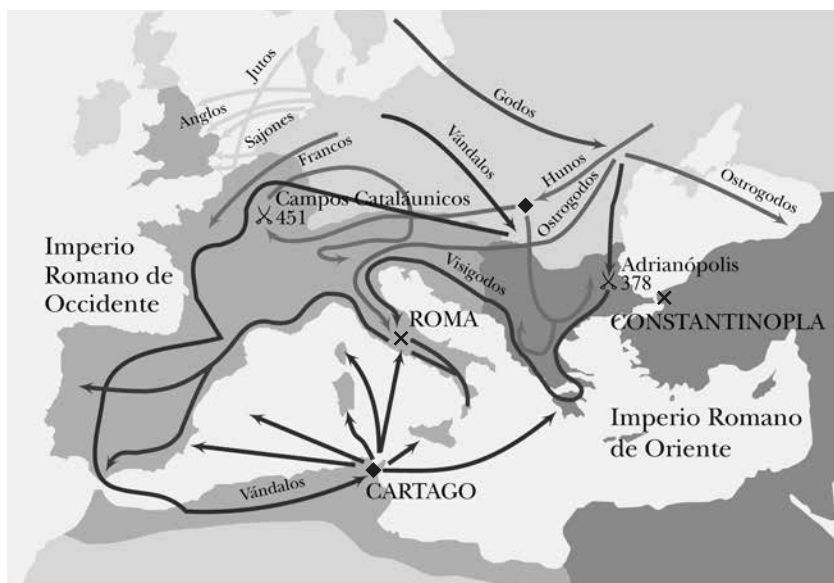
Para responder a esta pregunta, podemos recurrir a la toponimia sueca en la que encontramos términos como Gotland, Östergötland y Västergötland para atisbar una cierta respuesta. Si acudimos a las fuentes escritas, el señalado cronista Jordanes dice, con un marcado tinte legendario, que los godos zarparon de la «isla de Escandia» —refiriéndose a la península Escandinava—, al mando de su rey Berig cruzando el mar Báltico para desembarcar en «Gotiscandia», al norte de la actual Polonia en torno a la ciudad de Gdansk. Lo cierto es que otros autores grecolatinos también recogen el origen escandinavo de los godos, y parece que determinados indicios arqueológicos ayudarían a acercarnos a lo que podría ser una realidad histórica. El motivo

de la salida del sur de la actual Suecia se vincularía a un aumento de la población, lo que habría propiciado la necesidad de asentarse en nuevos territorios. No obstante, el lector más neófito en la materia debe saber que actualmente, a nivel historiográfico, el origen escandinavo de los godos todavía sigue generando disputas y algunos autores no lo comparten. Nosotros sí somos partidarios de dicho origen, no en vano la dinastía de los Amalos, de la que más tarde hablaremos y a la que el propio Jordanes califica como el linaje más ilustre de los godos, tenía a gala su procedencia desde tierras escandinavas.

Donde ya sí podríamos hablar de una primera etnogénesis goda sería en el norte de la actual Polonia. Es en este momento cuando el cronista Tácito, en su obra *Germania*, realiza la descripción de los lugares y de los pueblos que componían ésta y habla de los *gotones*, quienes no se encontrarían en la misma costa sino en el cauce medio del río Vístula en el siglo I d.C. Resulta curioso el asunto de los ríos, puesto que veremos cómo éstos, de una manera muy singular, marcaron el devenir vital de los godos en general y de los visigodos en particular. Ciertamente cada periodo de lo que podríamos llamar la «historia goda» fue quedando marcado por algún río, véase el propio Vístula pero también el Dniéper, el Dniéster, el Danubio, el Loira y, por cuestiones vinculadas a la realeza, ya sea la muerte de un rey o el establecimiento de una capitalidad, el Busento o el Tajo. Todo ello se detallará en las próximas páginas. Regresando a esa primera etnogénesis goda y a esos *gotones* —también llamados *gutones* por otros autores grecorromanos— en torno al río Vístula, Tácito destaca de los mismos un sistema monárquico más desarrollado que el de otros pueblos germanos. Por otro lado, la posición de los godos en este territorio supuso el contacto con otros pueblos como los vándalos y con distintas tribus a las que tuvieron que enfrentarse, quedando varios de estos pueblos y tribus supeditados de alguna manera al núcleo aristocrático godo y configurándose así una confederación. A partir de aquí comenzamos a atisbar cómo la gran mayoría de pueblos bárbaros que siglos más tarde levantaron monarquías en los territorios del Imperio Romano de Occidente, en sus orígenes y primeras migraciones nunca fueron pueblos homogéneos y

«puros», sino que hablamos de auténticas confederaciones de pueblos marcadas por múltiples influencias, ajenas en muchos casos a su propio origen y que tenían en su núcleo a un grupo aristocrático que —desde su posición de superioridad político-miliar— se convertía en el soporte de unión. Este mecanismo que funcionaba como nexo se fundamentaba a través del vivo mantenimiento de las raíces y esencias —por ejemplo mediante cánticos ancestrales que asociaban dicha posición con el vínculo con héroes míticos o incluso con los mismísimos dioses—, y se sustentaba en éxitos político-militares. Serán los distintos procesos de etnogénesis, que abarcaron varios siglos, los que terminaron por configurar en este caso la auténtica esencia goda que estuvo cargada, insistimos, de múltiples influencias alrededor de un núcleo fundacional y tradicionalista.

El asentamiento de los godos en tierras polacas se identifica en el registro arqueológico con la cultura de Wielbark, que a su vez coincidiría con los *gotones/gutones* mencionados por las fuentes grecorromanas. La cultura de Wielbark se caracteriza principalmente por influencias provenientes de Escandinavia y por incluir a otros pueblos, especialmente a otros germanos



Mapa de las invasiones bárbaras.

orientales muy cercanos a los godos como los gépidos o los vándalos. A nivel arqueológico resulta complicado asociar una cultura material exclusivamente a un pueblo en concreto, máxime en periodos con movimientos e influjos culturales, religiosos o comerciales tan fuertes.

La historia avanzó y con ella lo que nos gusta definir como la epopeya de los godos. Desde mediados del siglo II d.C. y a largo de finales del propio siglo II y principios del siglo III se produjo un nuevo movimiento migratorio de manera progresiva y escalonada hacia el sur. Hablaríamos de una gran masa poblacional (hombres, mujeres y niños) que partiría desde el sur de los países bálticos y la actual Polonia hasta asentarse en las orillas del mar Negro y en gran parte de la actual Ucrania y toda Moldavia, el nuevo hogar para los godos. Así, vemos cómo desde el mar Báltico al mar Negro se generó un amplísimo espacio cultural vinculado a los godos. En este proceso migratorio y de nuevo asentamiento se incluirían otros elementos poblaciones de raíz germana —como grupos de vándalos o hérulos—, o de raíz no germana —iranía, como conjuntos de sármatas— que se sumarían al elemento godo. Esta circunstancia está revestida de una gran importancia de corte identitario para el pueblo godo y su monarquía puesto que, como señala el mayor experto a nivel mundial en la materia el profesor y académico García Moreno, por un lado, se justifica la capacidad de agrupar con éxito a grupos étnicos de diferente origen y, por otro, el asiento en las orillas del mar Negro y en las amplias llanuras escíticas ubicadas al norte de dicho mar propició «una profunda sarmatización del elemento germano godo» marcando así el proceso de etnogénesis godo. Este influjo procedente de pueblos iranio-esteparios, sármatas y alanos se dejó notar especialmente a nivel aristocrático con nuevas formas de relaciones políticas, nuevas prendas de vestir y, sobre todo, una nueva configuración en el sistema militar godo dando más importancia si cabe a la caballería y al uso del arco y de una poderosa lanza sujeta a dos manos, temible cuando los jinetes iban en carga.

En el primer tercio del siglo III se conformó entre los ríos Don y Danubio un gran reino godo-escita que, como ya hemos señalado, incluía contingentes poblacionales tanto germanos como no

germanos y que se fue desarrollando a lo largo de lo que restaba de siglo III y parte del IV. Jordanes recoge la llegada a la Escitia, denominada por otros autores como *Gothia*, como un gran acontecimiento a causa de «la riqueza de estas regiones». Asimismo, cita el enfrentamiento con tribus locales y la expansión por parte del amplio territorio de la Escitia en la que habitaban, a grandes rasgos, poblaciones autóctonas escitas-sármatas. La huella de este fascinante episodio histórico tuvo un hondo calado en la mentalidad de los godos, no en vano Jordanes escribe casi tres siglos después que estos hechos «se narra(n) comúnmente en sus más antiguos poemas, escritos a modo de historia». Esta afirmación del cronista godo nos resulta de un gran valor, pues encierra, más allá de los adornos y grandilocuencias propios de la tradición oral, la importancia entre los godos de los cánticos ancestrales como garantes de un glorioso pasado. No obstante, en su obra histórica recalca la preponderancia de la fuente escrita sobre los hechos transmitidos por vía oral.

En la década de los años 30 del siglo III, los godos se acercaron al *limes* imperial generando las primeras fricciones con los romanos a la par que se enfrentaban de manera victoriosa frente a otros pueblos bárbaros. Desde su posición estratégica, lanzaron distintas campañas de saqueo asolando varias provincias romanas de la zona del Danubio. Sabemos que pudo darse algún tipo de acuerdo diplomático entre el Imperio y los godos, pero las hostilidades se reanudaron y en el año 250 los bárbaros volvieron al ataque. Las provincias de Dacia y Mesia sufrieron las consecuencias. El reino godo de la Escitia se había convertido en un auténtico problema para el Imperio Romano y, en el contexto de estos enfrentamientos, el año 251 resultó clave, dado que tuvo lugar la batalla de Abrito (Bulgaria). Los godos comandados por Cniva infringieron una cruenta derrota al emperador Decio que perdió la vida junto a la de su hijo en el desarrollo de la contienda y se convirtió así en el primer emperador romano en morir en combate frente a los bárbaros. El éxito de los godos se cimentó en la fortaleza y movilidad de su caballería, en el apoyo de otras tribus bárbaras como los taifalos, y en una tropa romana descontenta con el emperador Decio. Lo cierto es que los godos se habían visto beneficiados por

la crisis que sufrió el Imperio a mediados del siglo III con emperadores débiles o que duraban muy poco tiempo en el trono.

Tras el fracaso de Abrito, la postura de los romanos hacia los godos varió en parte. Emperadores como Valeriano (253-260) optaron por una postura más cercana al pacto, mientras que otros —como su hijo Galieno (253-268)— apostaron por pasar al ataque. Las andanzas de los godos continuaron y llevaron su devastación por doquier, actuando nuevamente junto a otras tropas bárbaras más allá de la frontera imperial, llegando hasta tierras griegas e incluso asaltando las ricas urbes de las costas del Mar Egeo y Asia Menor y consiguiendo, al igual que había sucedido anteriormente en las provincias danubianas, un cuantioso botín. Quede como hecho simbólico de estas correrías godas el saqueo e incendio de una de las consideradas siete maravillas del mundo antiguo, el templo de Artemisa en Éfeso. La reacción romana llegó en primer lugar por parte del emperador Claudio II (268-270) —que derrotó a los godos en la batalla de Naiso (Serbia) y cuya victoria sobre éstos fue cumplidamente celebrada ganándose el apelativo de el Gótico— y, en segundo lugar, por el emperador Aureliano (270-275), que igualmente venció a los godos del mismo modo que a los vándalos y a otras tribus bárbaras. Más allá de las victorias o de las derrotas, este contacto directo entre los godos y el marco imperial romano supuso un importante foco de influencia cultural y militar que ya no se detendría con el paso del tiempo.

A partir del último cuarto del siglo III se inició una nueva realidad para el pueblo denominado godo, compuesto por elementos populares de diferente origen étnico: la división.

LA DIVISIÓN: TERVINGIOS Y GREUTUNGOS

Al igual que en el apartado precedente hemos mencionado que el registro arqueológico de los godos y de otros pueblos en el norte de la actual Polonia en torno al río Vístula se identifica con la cultura de Wielbark, el reino godo-escita compuesto por pueblos y tribus germanos y no germanos se identifica con

la cultura de Čerjahov-Sîntana de Mureș. Cronológicamente esta cultura estaría documentada desde mediados del siglo III, desarrollándose a lo largo de todo el siglo IV y llegando hasta principios del siglo V. Geográficamente ocuparía, *grosso modo*, el territorio costero del mar Negro comprendido entre los ríos Danubio y Don, extendiéndose a una parte muy importante del interior de la actual Ucrania, Moldavia al completo y llegando a abarcar territorios rusos, rumanos, etc.

La cultura de Čerjahov se caracteriza tanto por contener elementos germanos e iranio-esteparios como por una profusa influencia romana asociada al estamento militar y al ámbito comercial gracias, en este último caso, a las rutas griegas. Un elemento a destacar de esta cultura en lo que respecta a la arqueología funeraria es que apenas se halla armamento en las tumbas. Muchos investigadores de la talla de López Quiroga han visto en este hecho un vínculo directo con lo que a la arqueología de época visigoda en Hispania se refiere. Asimismo, la arqueología evidencia un perfeccionamiento de las técnicas



Evariste Vital Luminais, *Godos cruzando un río*, s. XIX.

agrícolas, un destacado peso de la ganadería en la economía y un importante trabajo artesano (cerámica, orfebrería, vidrio, peines hechos con hueso de animal, etc.). Estos avances llevaron aparejados, lógicamente, un fuerte crecimiento demográfico y un sobresaliente desarrollo cultural.

Por otro lado, en la misma línea que ocurre con la cultura de Wielbark, encontramos un registro arqueológico homogéneo al que se circunscribirían principalmente los godos pero también otros grupos poblacionales vinculados o sometidos a éstos. Y, como hemos señalado anteriormente, la estancia de los godos en el territorio comprendido por la cultura de Čerjahov sería un paso más en los procesos de etnogénesis de este pueblo.

Una vez establecido el marco arqueológico y cultural, ahora podemos sumergirnos en la citada división. Según Jordanes, cuando en época del rey Filimer los godos llegaron a la Escitia: «el puente por el que cruzaban un río se derrumbó cuando tan sólo la mitad del ejército lo había atravesado y no hubo manera de repararlo, de modo que ni los unos pudieron volver atrás ni los otros continuar adelante, pues este lugar, por lo que se cuenta, está cerrado por un abismo rodeado de pantanos con arenas movedizas y al que la Naturaleza ha convertido en un lugar inaccesible por la mezcla de estos elementos». Algunos autores han querido ver en estas palabras del cronista una metáfora acerca de la división del pueblo godo desde un punto de vista propio del mito y de la leyenda. En este sentido nos podemos encontrar con posturas que establecen la división incluso desde los territorios originales de Escandinavia, otras visiones que llevarían la separación tras la migración al norte de Polonia en el contexto de los *gotones/gutones* identificados por las fuentes grecorromanas o —y a este postulado es al que nos adscribimos— las que explican que la división se produjo más tarde, es decir, a mediados del siglo III, con los godos ya asentados en las orillas del mar Negro y en el contexto de la denominada cultura de Čerjahov.

¿Qué motivó la división? Pues igualmente seguimos la línea que acentúa ésta en las derrotas sufridas frente a los emperadores romanos Claudio II el Gótico y Aureliano, más factores tan determinantes como la expansión por el mar Negro/Escitia y la

preponderancia de dos clanes o familias reales —a los que seguidamente nos referiremos— asociados a cada uno de los ahora dos pueblos godos: los tervingios-*vesi*-visigodos y los greutungos-ostrogodos. Evidentemente, estos términos no aparecen en la Historia todos a la vez, es un proceso escalonado y que certifica la escisión del grupo originario godo.

- Tervingios-*vesi*-visigodos. Desde el punto de vista etimológico, los *tervingios* —término que aparece en el año 291—, serían «el pueblo de los bosques», «la gente del bosque» o «los que moraban en el bosque». El término *vesi* aparece posteriormente y se referiría a «los buenos», «los nobles» e incluso algunos autores lo identifican con «los sabios». Por último, *visigodos*, que encierra una significado igualmente de corte geográfico, califica a «los godos del oeste», que se encontraban entre el río Dniéster y el bajo Danubio. La ubicación de éstos favoreció el carácter poliétnico de la estructura de la «confederación tervingio-visigoda», encontrándonos también con los taifalos —pueblo de origen iranio-sármata (algunos autores lo consideran germano oriental), fieles aliados y poseedores de una potente caballería—, grupos de alanos, y otros contingentes poblacionales de origen tracio y germánico. Aparte de este carácter poliétnico, la ubicación próxima al Danubio favoreció una mayor influencia romana sobre el conjunto tervingio-visigodo. El clan o la familia más sobresaliente era el de los Baltos y, como señala el cronista Jordanes, «esta familia había recibido hacía tiempo entre los godos por su bravura y coraje el nombre de “Balta”, que significa “audaz”».
- Greutungos-ostrogodos. El término greutungos aparece más tarde en las fuentes y a nivel etimológico serían «los moradores o habitantes de la estepa y de la costa». Siguiendo con la tendencia en la que la terminología identifica posiciones geográficas, nos encontramos con ostrogodos, que ya son citados por Jordanes en la descripción de la isla de Escandia (Escandinavia), clasificados como «los godos del este» o «godos de la salida del sol», y cuya ubicación estaba al este del Dniéster. A colación de lo expuesto, una vez

más recurrimos a Jordanes: «El historiador Ablavio cuenta, en efecto, que cuando residían en la Escitia, en las riberas del Ponto, como hemos dicho, una parte de ellos, que ocupaban la región oriental y al frente de los cuales estaba Ostrogoda, fueron llamados ostrogodos, es decir, “del este”, no se sabe bien si por el nombre de su rey o por el emplazamiento geográfico; los restantes, por su parte, fueron denominados visigodos, es decir, de la región del oeste». Muy próximos a los ostrogodos y/o vinculados a éstos se hallarían otros grupos de alanos y distintos pueblos o tribus que, étnicamente hablando, tendrían un origen iranio-sármata. La monarquía estaría más asentada entre los greutungos-ostrogodos y a su frente se situaría el clan o la familia de los Amalos como confirma Jordanes, «dividiendo a sus pueblos en familias: [...] obedecían [...] los ostrogodos a los de los nobles Amalos».

Antes de continuar con el desarrollo de los hechos históricos tras analizar la división de los godos a finales del siglo III, resulta de mucho interés añadir dos cuestiones. En primer lugar, más allá de la nombrada división o escisión, ambos pueblos continuaron considerándose genuinamente *godos* hasta la caída de sus respectivos reinos varios siglos después. Una misma raíz, un mismo origen, una misma cultura, una misma lengua, una misma religión (hasta la conversión de los visigodos); en definitiva, una misma esencia que siempre estuvo presente. Sin embargo, donde sí podemos establecer una clara diferencia es en los sucesivos procesos de etnogénesis a partir de la fecha indicada, puesto que cada pueblo godo estuvo condicionado por una serie de hechos y de personajes que iremos detallando y que marcaron sus respectivas historias. Todo ello sin olvidar que existieron otras tribus godas de mucha menor entidad política y poblacional que más tarde no dieron el siguiente paso en el proceso migratorio godo hacia Occidente y permanecieron en la península de Crimea y en otros puntos de la costa del mar Negro. En segundo lugar, y de cara a estimular al lector al contacto con las fuentes históricas de la época, en muchas ocasiones los cronistas romanos engloban en el término *godo*

no sólo a visigodos y ostrogodos, sino también a otros pueblos. Es el caso de Procopio de Cesarea, que a mediados del siglo VI incluye entre los «pueblos góticos» a vándalos y gépidos que, como ya hemos comentado, igualmente son germanos orientales como los godos. Además, Procopio, aparte de remarcar que estos pueblos podrían compartir un origen común y que se distinguen por sus nombres, indica que «no se diferencian en nada más en absoluto, pues todos ellos son de piel blanca y rubia cabellera, de alta estatura y buen aspecto, están sujetos a las mismas leyes y practican la religión de forma similar. Todos, en efecto, pertenecen a la fe arriana y hablan una sola lengua, llamada gótica». Por último, y en este mismo sentido de corte onomástico, también podemos ver en distintos autores latinos el uso del término *escitas* —por su ubicación geográfica y reputación— para referirse a los godos, o la utilización del nombre de *getas* cuando son dos pueblos distintos, especialmente desde el punto de vista cronológico. La ubicación geográfica de los antiguos getas en el bajo Danubio resultó fundamental para esta identificación, además del desconocimiento de algunos autores y, sobre todo, del hecho de que el pueblo de los getas contase entre las tribus tracias con una amplia reputación de poderosos y arrojados guerreros. La identificación entre getas y godos



Placa de Hermanarico en el Valhalla (Ratisbona).

la encontramos en autores tan destacados como Jordanes —de ahí el nombre de *Getica* para su obra sobre los godos— o el mismísimo San Isidoro de Sevilla.

Retomando el discurso de los hechos históricos una vez analizadas la identificación arqueológica, la división de los godos y la cuestión de los respectivos nombres de los pueblos, se tiende a considerar que dentro de todo este gran compendio de pueblos incluidos en la órbita de tervingios y greutungos, estos últimos, mediante el prestigio que poseía la familia o el linaje de los Amalos, jugaban un papel preponderante.

Ya en el siglo iv, aparte de nuevos enfrentamientos con sármatas y vándalos, los contactos entre el Imperio Romano y los godos se hicieron más fuertes, particularmente para los tervingios, que intervinieron en las luchas por el poder del emperador Constantino I. Éste, tras su victoria, gobernó sobre las dos partes del Imperio y firmó en el año 332 un *foedus* con los tervingios —que habían derrotado a los sármatas—, lo que motivó que un buen número de ellos pidiesen alojamiento dentro de las fronteras imperiales. El papel de los greutungos en dicho *foedus* queda en duda. Las condiciones de este tratado incluirían por parte romana un pago anual en alimentos y en dinero a cambio del apoyo militar de los godos, los cuales actuarían como tropas federadas en caso de necesidad romana. La importancia del pacto con Constantino I es muy especial porque desde este mismo instante se abrió un periodo de paz que duró varias décadas, a pesar de algunas correrías godas, y se generó un intercambio fluido e interesado entre ambas partes que afectó de mayor manera, insistimos, a los tervingios-visigodos. Nos encontramos en una etapa en la que era muy común, por un lado, la presencia de tropas godas en el ejército imperial y, por otro, que misioneros cristianos fuesen llegando a territorio godo, comenzando así el complejo proceso de conversiones al cristianismo del que en el apartado oportuno hablaremos.

Alrededor del año 365 los tervingios estaban dirigidos por el *iudex* Atanarico y su territorio era conocido como *Gutthiuda*, un amplio espacio geográfico y poliétnico. La estructura monárquica no estaba asentada entre los tervingios, y en el plano político-militar se regían por la figura de un *iudex* o juez —no de un rey— que

era elegido por un consejo del que formaban parte los personajes más destacados de cada tribu. La figura del *juez tervingio* se enmarcaría dentro de un sistema tribal y ejercería, a través de una elección, como máxima autoridad y representante de todos los clanes y de sus respectivos jefes militares —un *reiks* era un jefe militar— ante cualquier amenaza militar o crisis política. Atanarico proveniría de una prestigiosa familia, puesto que dos de sus miembros, Ariarico y Aorico, también habían sido anteriormente *jueces* o líderes de los tervingios. Las relaciones entre los romanos y Atanarico no fueron buenas, máxime tras el apoyo de los godos al usurpador Procopio, teniendo lugar entre los años 367-369 una cruenta guerra que enfrentó al emperador oriental Valente con los bárbaros. La contienda se cerró con la firma, en una barca en medio del Danubio, de un tratado de paz entre Atanarico y Valente que evidenció tanto la incapacidad romana para someter a los godos como la dependencia económica de los tervingios al perder el pago de dinero romano y ver limitada la actividad comercial. Por su parte, los greutungos eran gobernados por el rey Hermanarico, un monarca cuyo prestigio cubrió toda la historia ostrogoda: «el más noble de la familia de los Amalos» (Jordanes). Hermanarico expandió los dominios ostrogodos hacia el norte y el este gracias a exitosas campañas militares contra pueblos esteparios y germanos, quedando de esta manera muchos territorios sujetos a su autoridad —aunque sin contener población geutunga-ostrogoda—, y llevando el influjo político-cultural godo, como pasaba con los tervingios, a otros pueblos de esencia no goda. Hacia el año 375 en el horizonte comenzó a verse la llegada de un nuevo enemigo para visigodos, ostrogodos y romanos, un rival al que ni el gran Hermanarico pudo derrotar...

EL EFECTO DOMINÓ

En el contexto de lo que la historiografía alemana denomina *Die Völkerwanderung*, es decir, el periodo de las invasiones o migraciones de poblaciones bárbaras sobre el Imperio Romano a lo largo de la Antigüedad Tardía, podemos destacar un episodio

muy concreto: la irrupción de los hunos. No en vano, el autor romano Amiano Marcelino —coetáneo a las correrías de los hunos—, se refiere, evidentemente con un tono despectivo y bajo el prisma de un romano, de esta manera a dicho pueblo bárbaro: «Antes parecen animales bípedos que seres humanos, esas extrañas figuras que el capricho del arte coloca en relieve sobre las cornisas de algún puente». Realmente, analizar los motivos y las causas de las invasiones bárbaras sería demasiado extenso y excedería el objetivo de esta obra, por ello recomendamos al lector interesado que acuda a la amplia bibliografía que encontrará al final¹. Empero, sí resulta conveniente señalar que el proceso de las invasiones o migraciones bárbaras, *grosso modo*, es el resultado complejo de una serie de causas como el crecimiento demográfico, los cambios socio-económicos, las variaciones climáticas, el desarrollo de las monarquías militares, la crisis del Imperio Romano y el efecto dominó que supuso la aparición en escena de los hunos.

En lo que se refiere al origen de los hunos, la historiografía no se pone de acuerdo sobre su procedencia geográfica y étnica. La estepa euroasiática es un territorio extremadamente amplio y podemos encontrarnos con posturas que ubican a los hunos al este del mar Negro, mientras que otros hablan de una posición al norte del Cáucaso más allá del río Don y, por ende, próximos a alanos y godos; algún investigador incluso llevaría sus orígenes más al interior del territorio asiático. Lo que sí parece claro es que poseían elementos turcos y mongoles, rasgos físicos orientales y una estética de corte estepario. El avance huno, primero hasta el Danubio y luego hasta prácticamente el corazón del Imperio, propició que el núcleo poblacional original fuese creciendo al alimentarse de más individuos mediante la conquista, la absorción o el sojuzgamiento de otros pueblos bárbaros de diverso origen, configurándose así dentro del pueblo huno del último cuarto del siglo IV y la primera mitad del siglo V una sociedad totalmente poliétnica.

1 No podemos dejar de recomendar acerca de esta temática nuestro trabajo *Bárbaros en Hispania. Suevos, Vándalos y Alanos en la lucha contra Roma*.

En el año 375 los hunos derrotaron a los alanos establecidos al este del río Don y próximos al mar Negro. La lucha fue feroz, ya que estamos ante dos pueblos con una clara esencia guerrera y con una cultura eminentemente ecuestre. Los hunos masacraron a muchos alanos, otros huyeron y entraron al territorio de sus vecinos greutungos, y el resto pasaron a engrosar las filas hunas mediante un pacto de sometimiento. Siguiendo la narración de Amiano Marcelino, sabemos que el siguiente objetivo de los hunos fue el poderoso reino greutungo-ostrogodo del gran Hermanarico. Los enfrentamientos entre hunos y greutungos fueron muy duros y, tras muchos combates, Hermanarico cayó. Pero ¿cómo murió Hermanarico? Según Amiano Marcelino, el rey godo, ante la imposibilidad de detener y vencer a las hordas hunas, tomó la determinación de suicidarse en lo que bien podríamos considerar una inmolación de corte épico. En cambio, Jordanes no cita el suicidio y sí la muerte tras una enfermedad a causa de una herida de espada debido a una traición en el contexto de la guerra con los hunos. Tampoco deberíamos descartar como una hipótesis plausible el fallecimiento en alguno de los múltiples combates. La desaparición de escena de Hermanarico supuso la fragmentación del gran reino greutungo. Una parte de los greutungos, junto a varios de los pueblos que estaban vinculados a éstos, quedó bajo el yugo huno —aunque se mantuvieron cohesionados gracias al prestigio del clan de los Amalos—, y otro grupo entró en el territorio de sus hermanos tervingios en busca de refugio. El efecto dominó prosiguió y el esquema establecido en torno al mar Negro y el Danubio se rompió por completo. El líder tervingio Atanarico organizó la defensa e intentó resistir las embestidas hunas sin conseguir frenar todo lo que se venía encima. La derrota de Atanarico supuso un socavo en su liderazgo y en el año 376 importantes grupos de tervingios —encabezados por el jefe militar o *reiks* Fritigerno y por el igualmente jefe militar o *reiks* Alavivo— solicitaron al emperador oriental poder atravesar la frontera imperial cruzando el Danubio y establecerse en territorios de la Tracia y Dacia poniéndose de este modo al servicio de los romanos. Desconocemos la cantidad de personas que cruzaron el Danubio. La historiografía de los

últimos años viene manejando la cifra de unos 200.000 individuos aproximadamente, incluyendo hombres, mujeres y niños, número del que alrededor de una cuarta parte podrían ser hombres en armas. Valente, emperador oriental, aceptó, tal vez sin ser consciente de que el nuevo equilibrio establecido en la frontera no podría mantenerse por mucho tiempo, máxime cuando había puesto al cargo del asentamiento, distribución de víveres, etc., a ineptos funcionarios cuyo principal objetivo no era el de llevar a cabo una buena administración de un proceso tan complejo. La situación llegó a alcanzar niveles tan siniestros que tanto Amiano Marcelino como Jordanes recogen el dato de la venta de cadáveres de perros por parte de los funcionarios romanos a los hambrientos godos. La mala gestión romana llegó a tal punto que los funcionarios, pensando en acabar con el «problema tervingio», decidieron asesinar a los jefes militares Fritigerno y Alavivo. La astucia de éstos lo evitó. Sin embargo, hay autores que consideran que el líder Alavivo sí pudo morir, dado que no vuelve a ser nombrado por las fuentes. A partir de aquí, «prefiriendo morir en la guerra antes que de hambre» (Jordanes) «se desplegó el estandarte de los godos; lanzó el cuerno sus lúgubres sonidos; bandas armadas recorrieron los campos» (Amiano Marcelino).

La coyuntura que atravesaba el Imperio Romano de Oriente comenzaba a ser bastante peliaguda. Aparte de la rebelión tervingia y del inicio de sus correrías por la provincia de Tracia, otros pueblos bárbaros como los grupos de greutungos y de alanos huidos del azote huno e incluso pequeños contingentes de hunos aprovecharon la situación para cruzar la frontera danubiana. La jugada de asentar a los tervingios de Fritigerno no había salido como Valente esperaba, y no parece que se debiese a la mala fe del emperador oriental. De hecho, las relaciones entre el romano y el godo eran buenas. El propio Fritigerno, en su compromiso de asentarse pacíficamente en territorio romano y de respetar sus leyes, también había solicitado su conversión al cristianismo arriano, circunstancia que servía para desplazar al ya malogrado Atanarico. No obstante, el conflicto no iba a solucionarse diplomáticamente por mucho que, tal vez, a Valente y a Fritigerno

les hubiese gustado. Desde finales del año 376 hasta mediados del año 378 los enfrentamientos se fueron sucediendo, llegando los godos prácticamente a campar a sus anchas por gran parte de la provincia de la Tracia hasta que tuvo lugar el gran y épico choque: la batalla de Adrianópolis (actual Edirne, al noroeste de Turquía) el 9 de agosto del año 378. Una de las grandes batallas de la Antigüedad Tardía que más y mejor ha sido estudiada y que, ante todo, y bajo nuestro punto de vista, marcó el destino de los godos. Los tervingios no se plantaron solos en el campo de batalla, contaron con el apoyo de greutungos y alanos liderados por Alateo y Safrax, de taifalos, de bandas de guerreros hunos que o bien se habrían desentendido del núcleo principal o bien buscarían el rico botín que se ofrecía, y de desertores hartos de la inestabilidad y corrupción que vivían en aquella zona y proporcionaron información muy valiosa para los movimientos militares godos. El ambiente y el desarrollo de la batalla son dignos de película. Los hombres de Fritigerno quemaron terrenos adyacentes al campo de batalla para que el calor y el humo producido por el fuego afectase a las tropas romanas. Por si esto fuera poco, el ejército imperial se presentó en el lugar del combate cansado y sofocado tras una larga caminata bajo un sol abrasador. Antes de manchar las espadas de sangre, las fuentes indican que Fritigerno intentó negociar con el emperador Valente, si bien estas acciones pudieron simplemente responder al interés del tervingio por ganar tiempo para que la poderosa caballería greutungo-alana comandada por Alateo y Safrax llegase en el momento clave de la batalla. Finalmente, la victoria cayó del lado godo y el éxito de la misma devino gracias a:

- El conocimiento del ámbito militar romano por parte de los godos junto al acceso al lujoso armamento romano incautado previamente.
- La utilización de la táctica del círculo de carros, ejecutada magníficamente por Fritigerno, gracias a la cual mujeres, niños y ancianos se refugiaron dentro siendo protegidos, desde los carros —que funcionaban a modo de fortificación de madera—, por soldados de infantería. Aparte de

la protección, esta táctica permitió el fácil suministro de caballos de refresco a la caballería tervingia y a sus aliados.

- La intervención de la caballería de élite greutungia y alana dirigida por los jefes militares Alateo y Safrax.
- El gran número de bárbaros reunidos en Adrianópolis.
- La circunstancia de que el emperador oriental Valente presentase batalla sin esperar a las más que necesarias tropas enviadas por el emperador occidental Graciano.

La masacre entre la hueste romana fue muy elevada, y el propio emperador oriental Valente murió, según algunas versiones, por el fuego prendido a una casa en la que se había refugiado en el momento de la huida y, según otras, en la propia batalla. Al igual que había sucedido con el emperador Decio en la batalla de Abrito más de cien años atrás, el cuerpo de Valente jamás fue encontrado. Curiosamente ambos emperadores murieron guerreando frente a los godos.

La batalla de Adrianópolis, cuyas consecuencias aún perduraban varias décadas después, está considerada como una de las mayores derrotas de la historia romana, de hecho, algunos autores la ponen a la altura de las infringidas varios siglos atrás por el mítico general cartaginés Aníbal. Sin embargo, si los romanos pudieron sacar algo positivo de esta debacle fue la aparición de uno de sus emperadores más destacados o, al menos, que mayor peso ha dejado en la Historia; nos referimos al hispano Teodosio.

Tras la victoria goda, Fritigerno y sus aliados avanzaron por la provincia de Tracia en busca de botín e intentaron asaltar tanto la propia urbe de Adrianópolis, donde todavía se hallaba el tesoro imperial, como Constantinopla, pero los godos todavía estaban lejos de controlar la poliorcética, máxime ante las poderosas murallas de estas ciudades, y fracasaron en ambos intentos. En el año 379 fue proclamado emperador de la *pars Orientalis* el nombrado Teodosio y, como expone Jordanes, «este nuevo emperador, hombre de carácter firme y célebre por su valor e inteligencia, fue capaz de levantar los ánimos de un ejército desmoralizado». Un año después, Graciano y Teodosio unieron sus fuerzas para atacar a los triunfadores

de Adrianópolis. Estos nuevos enfrentamientos se saldaron con la división del ejército bárbaro —el éxito en la gran batalla no cimentó ni engrandeció el poder de Fitigerno— y con la firma de dos nuevos tratados. Por un lado, en el año 380 el emperador occidental Graciano detuvo las hostilidades con el grupo greutungo-alano y las bandas de hunos —que se habían sumado a la causa goda— liderado por Alateo y Safrax, quedando establecidos todos ellos en Panonia como federados. Por otro lado, en el año 381 Teodosio selló la paz con los tervingios y éstos, en octubre del año 382, pasaron a ser igualmente federados a cambio de su prestación militar, quedando asentados en el norte de Tracia (sur del Danubio) y Mesia, y recibiendo avituallamiento por parte romana. Teodosio había sabido sacar partido de las disputas por el poder entre los tervingios y ganarse al malogrado Atanarico que, siendo ajeno a la gran batalla de Adrianópolis, hasta ese momento se había refugiado junto a sus leales al norte de los Cárpatos tras enfrentarse a algunas tribus sármatas. Lo cierto es que la nueva aparición en escena de Atanarico fue un tanto efímera, pues murió en algún momento del año 381 durante su estancia en la capital oriental, Constantinopla, admirando la majestuosidad de una urbe prácticamente inconcebible para su «mente bárbara».



Placa de Alarico I en el Valhalla (Ratisbona).

El equilibrio entre los visigodos (abandonamos ya el término *tervingos*) y Teodosio era prácticamente imposible de mantener por mucho tiempo. El Imperio Romano de Oriente tenía al enemigo en casa y Teodosio lo sabía. Muchos de los compromisos adquiridos en el tratado del año 382 no se cumplieron por parte de la autoridad imperial, y a lo largo de los siguientes años las tensiones fueron notorias tanto de los bárbaros hacia Teodosio como entre los propios visigodos al no existir —tras las presumibles muertes de Fritigerno y Alavivo y la nombrada de Atanarico— durante este periodo un líder claro y rotundo. No obstante, Teodosio, dando nuevamente muestras de su pericia política, sacó rédito al hecho de contar con los visigodos como parte de su ejército. En septiembre del año 394 aconteció la batalla del río Frígido (al norte de Italia) entre Eugenio, usurpador del Imperio Romano de Occidente, y Teodosio, que acudió al combate con 20.000 soldados visigodos que tuvieron una participación clave en la contienda y en la que, según las fuentes, murieron la mitad de ellos. El triunfo de Teodosio gracias al apoyo visigodo significó la certificación del poder del hispano sobre Occidente y Oriente. Sería el último emperador que gobernara sobre ambas partes.

El año 395 resulta muy significativo para la Historia en general y para los godos en particular. Dicho año arrancó con la muerte en Milán del emperador Teodosio, lo que trajo consigo nuevamente la división del Imperio. En este caso la *pars Occidentis* pasó a manos de su hijo Honorio y la *pars Orientalis* fue a parar a manos de su otro hijo, Arcadio. La ausencia de una figura tan potente como la de Teodosio, la juventud de ambos emperadores, el más que presumible incumplimiento de la entrega de suministros (la muerte de Teodosio anulaba el *foedus* del año 382) y una nueva irrupción de los hunos serían motivos más que suficientes para que los visigodos, liderados ahora por el noble Alarico, pasasen a la acción abandonando las provincias danubianas y avanzando hacia Constantinopla con el objetivo de conseguir un nuevo y favorable acuerdo. Sobre la llegada al poder de Alarico, el cronista Jordanes escribe: «los godos proclamaron rey a Alarico, que pertenecía al ilustre linaje de los Baltos». Al respecto, el profesor García Moreno considera:

«es muy probable que sus antepasados directos gozasen de una posición continuada de mando a todo lo largo del siglo iv», y añade: «se había destacado en acciones bélicas en los años anteriores [...] las fuentes señalan una cada vez más estrecha unión entre los grupos góticos en armas y su rey; unión que se cimentaría en lazos de estructura clientelar, determinaría una drástica reducción de las clientelas de otros nobles godos, y se apropiaría de la exclusiva representación de la *gens* (*Stamm*) de los visigodos». El considerado primer rey de la archiconocida «lista de reyes godos» alcanzó una cuota de poder a la que ningún *iudex*, véase Atanarico, o *reiks*, véase Fritigerno, había llegado, y además con un propósito muy claro: conseguir un reino independiente dentro de los límites imperiales, siendo aliado del Imperio y no un destructor más. Para ello, el rey Alarico necesitaba hacerse fuerte en un territorio, conseguir que los romanos le reconociesen como *rex gothorum* —con lo que nadie dentro de su pueblo pondría en duda su poder—, y asimismo que la autoridad romana le otorgase un alto cargo dentro de la estructura militar imperial de cara a asegurarse el pago económico y la entrega de suministros. Bajo estas premisas, queda claro que la ambición de Alarico superaba con creces a la de cualquier otro líder de su pueblo. Alarico trató de presionar al Imperio Romano de Oriente presentándose junto a su ejército y toda su *gens* frente a la capital imperial. Desconocemos el contenido de las negociaciones entre Alarico y Constantinopla, pero los siguientes movimientos le llevaron a invadir el corazón y el sur de Grecia atravesando el famoso paso de las Termópilas y llevando la devastación hasta muchas de sus míticas ciudades como Corinto y Esparta. Antes, la famosa Atenas, según el cronista Zósimo, se había librado de una manera un tanto poética porque Alarico tuvo una visión de la mismísima diosa Atenea y del héroe Aquiles, quienes estaban dispuestos a defender la urbe, ante lo cual el godo optó por pactar y entrar amistosamente en Atenas, donde fue recibido cordialmente. Como señala el profesor Arce, Zósimo, desde su posición de pagano, buscaba equiparar a sus dioses con las ya famosas salvaciones del Dios cristiano en situaciones bélicas similares. Presumiblemente los atenienses compraron la amistad de los invasores

bárbaros para evitar correr la misma suerte que seguidamente corrieron otras destacadas urbes griegas como, por ejemplo, las del Peloponeso. A pesar de estos ataques y en el contexto de la rivalidad entre Oriente y Occidente, alrededor del año 397 el emperador oriental Arcadio nombró a Alarico *magister militum per Illyricum*, viéndose de esta manera el godo beneficiado, entre otras cuestiones, de lo que suponía ostentar el más alto cargo militar dentro de la estructura imperial del Ilírico (prefectura que incluía, a grandes rasgos, desde Grecia hasta la moderna Hungría). Además, ahora tenía acceso al valioso y preciado armamento de las fábricas y almacenes romanos ubicados en este territorio y que tan útil sería en campañas sucesivas y, al mismo tiempo, recibía los consecuentes beneficios económicos y de aprovisionamiento inherentes a tal cargo. Todo parece indicar que este nombramiento se debió a la utilización por parte de Oriente de Alarico y su belicosa tropa frente a las posibles acciones de Estilicón, *magister militum* de Occidente y auténtico gestor de la política imperial desde su posición preeminente.

A caballo entre el final del siglo IV y el arranque del siglo V, los acuerdos que unos pocos años atrás habían llevado a Alarico a disfrutar de un alto cargo militar debieron invalidarse. Jordanes escribe: «se reunió en asamblea con los suyos y los convenció para que conquistaran nuevos reinos con su propio esfuerzo antes que permanecer sometidos por indolencia a pueblos extranjeros». Para el profesor Wolfram, el hecho de que las acciones de Alarico hubieran animado a otros pequeños grupos de godos integrados anteriormente en el ejército romano junto a godos ya asentados en Oriente e incluso a esclavos a rebelarse todos ellos y que el Imperio tuviese que intervenir frente a éstos en zonas de Tracia y Asia Menor, más un alejamiento político por parte de los romanos hacia los godos y un acercamiento a los hunos, ayudaría a generar nuevas tensiones entre Constantinopla y Alarico. Así, el godo y su pueblo dejaron atrás Macedonia y los Balcanes y avanzaron hacia la península Itálica, en concreto hacia Milán, lugar donde el emperador Honorio tenía su sede. Alarico no pudo asaltar Milán gracias a la intervención del hábil Estilicón, quien además le derrotó —gracias en buena medida al hecho de

contar con un grupo de la famosa caballería alana— en la batalla de Pollentia del año 402 en la que Alarico perdió a muchos hombres y una parte muy importante del tesoro visigodo, y donde incluso su familia llegó a ser capturada, si bien más tarde consiguió recuperarla. Esta circunstancia, y una nueva derrota en el mismo año pero en Verona que conllevó varias deserciones dentro de su grupo, obligó a Alarico a retirarse momentáneamente de la península Itálica e instalarse en Dalmacia y Panonia. El peligro que había supuesto la presencia de los godos motivó que la urbe con condición de capital imperial y sede del emperador dejase de ser la majestuosa Milán para pasar a ser la más fácilmente defendible Rávena, que se convertiría a partir de este momento en una de las ciudades más importantes de la Antigüedad Tardía.

Durante los primeros años del siglo V las relaciones entre Honorio-Estilicón y Alarico se basaron en enfrentamientos, pactos, disensiones..., en definitiva, un tira y afloja que alejaba a Alarico y los suyos de su objetivo y desgastaba al Imperio en una coyuntura nada favorable. Así, a finales del año 405, otro líder godo, Radagaiso, atacó la península Itálica junto a un inmenso contingente bárbaro de variado origen étnico —se tiende a considerar que principalmente ostrogodo—, aunque fue derrotado a mediados del año siguiente. Pero surgieron más problemas. El 31 de diciembre del año 406 suevos, vándalos, alanos y otras tribus bárbaras cruzaron el río Rin invadiendo y ocupando gran parte de las Galias y, desde Britania, en el año 407 se orquestó una usurpación que hizo tambalear seriamente el poder de Honorio. Aparte, al año siguiente fue asesinado Estilicón, un hombre que había estado muy cerca de derrotar definitivamente a los visigodos pero que siempre fue partidario del pacto, pues sabía que Alarico y los visigodos eran un arma muy útil para ser utilizada cuando Rávena lo estimase oportuno. Sin embargo, sus opositores dentro del gobierno imperial y el propio emperador Honorio decidieron que su eliminación les sería favorable. Craso error. Apenas dos años después, Alarico atravesaba las puertas de la Ciudad Eterna, evidenciándose de esta manera la mala gestión política del Imperio Romano de Occidente.

A COLACIÓN DE LOS GODO...
¿UNA ALIANZA ENTRE ESPAÑA Y SUECIA?

«La Corona gótica es el canto de cisne de Saavedra Fajardo, un último esfuerzo diplomático en el que aúna lo mejor de su erudición para diseñar un elogio y defensa del mito neogótico que fundamenta los derechos de España en Europa contra las pretensiones de Francia, y busca ganarse la simpatía —y acaso la alianza— de los hermanos godos del norte». Esta sentencia del profesor Sáez clarifica en buena medida lo que buscamos en este peculiar apartado y abre el camino por el cual queremos transitar en la parte final del primer capítulo.

En los últimos años han aparecido trabajos realmente interesantes en el ámbito académico y universitario sobre el neogotismo o visigotismo, o lo que se modelará como el mito gótico, es decir, la visión, el reflejo, la impronta y/o la utilización desde el punto de vista histórico, identitario, político, ideológico, cultural e incluso artístico acerca del pasado godo de España. De esta manera, podemos destacar, entre otros, los estudios de los profesores González Fernández, Corredra Nilsson o la obra *Godos de Papel. Identidad nacional y reescritura en el Siglo de Oro* del nombrado profesor Adrián J. Sáez y de quien proviene la sentencia inicial. Evidentemente, recomendamos al lector más interesado a que acuda a la bibliografía sugerida al final de este libro en caso de querer ampliar la información que aquí exponremos.

El elemento neogótico está presente en nuestra historia básicamente desde la mismísima batalla de Covadonga y los sucesivos enfrentamientos contra los invasores musulmanes, quienes habían llegado previamente a la piel de toro en el contexto de una guerra civil entre fracciones godas. El arraigo de pertenencia al caído Reino Visigodo de Toledo y el sentimiento por la llamada posteriormente «pérdida de España», de marcado carácter providencialista, impregnó a cada uno de los reinos cristianos del norte peninsular desde oeste a este. Asturias, León, Castilla —que acabará capitalizando el mito gótico en pos de la unidad peninsular y de su ya preeminencia europea—, Navarra, Aragón y los condados catalanes, todos ellos se sentían

vinculados a un mismo pasado, admitían la legitimidad de la anterior monarquía goda y de la Iglesia goda y reconocían a la *urbs regia* toledana como auténtico corazón político y espiritual del *Regnum Gothorum*. El caso de Asturias resulta paradigmático ya que, para nosotros, desde prácticamente el primer momento político del reino asturiano, se entiende que el nuevo reino es el legítimo heredero de la monarquía goda y que con Alfonso II, tal y como recoge la crónica Albeldense y así lo corroboran profesores como Bango Torviso, máximo experto en el arte prerrománico, Oviedo pasó a ser la nueva Toledo «...y todas estas casas del Señor las adornó con arcos y con columnas de mármol, y con oro y plata, con la mayor diligencia y, junto con los regios palacios, las decoró con diversas pinturas; y todo el ceremonial de los godos, tal como había sido en Toledo, lo restauró por entero en Oviedo, tanto en la Iglesia como en el Palacio». Nosotros consideramos que el neogoticismo o visigotismo en el Reino de Asturias no es una mera utilización por parte de intelectuales de la corte de Alfonso II o de Alfonso III para justificar sus respectivas monarquías, sino que estaríamos ciertamente y en buena medida ante un proceso natural dados los vínculos anteriores. Independientemente de que con el devenir de los siglos ese neogoticismo pasó a lo que llamaríamos mito gótico y se fue moldeado en distintos casos al gusto del interesado —determinados monarcas godos, véanse Recaredo y Wamba, llegaron a ser presentados por intelectuales en algunos periodos históricos como modelos a seguir para los reyes de los siglos modernos—, éste tiene una base real, histórica, identitaria, esencialista y tradicionalista y, por ende, se ha convertido un motivo que quedó reflejado a distintos niveles: historiografía, literatura, arte, religión, etc.

Otro momento muy interesante en el que el pasado godo jugó un papel concluyente y que demuestra que aquella época y su legado seguían muy vivos varios siglos después lo encontramos en la antigua capital, Toledo. El hecho de que el monarca Felipe II fijase la corte en Madrid supuso un duro golpe para la antigua *urbs regia* y sus orgullosos habitantes. Resultó inconcebible que la monarquía de los Austrias dejase de lado a la vieja capital goda por una ciudad que no tenía el peso histórico de

Toledo ni jugaba un papel definitorio en el identitario colectivo español. Esto propició que muchas de las historias locales que se escribieron en Toledo entre los siglos *xvi* y *xvii* contuviesen un claro mensaje ensalzador de la urbe del Tajo a través de su condición de ciudad de los reyes godos y defensor de la primacía eclesiástica heredada de la iglesia goda frente a otras ciudades españolas.

Sin entrar en el papel jugado por los godos en la literatura del Siglo de Oro, es preciso traer a colación que Cervantes, Lope, Calderón o Quevedo entre otros escribieron sobre este tema tocando distintos géneros literarios. Pero ¿cómo llegamos al contexto político de la Europa de mediados del siglo *xvii* en la que ese neogoticismo, visigotismo, mito gótico o neogótico, en definitiva, el pasado godo y su herencia tuvieron su protagonismo? En dicho siglo el origen escandinavo de los godos no era puesto en duda, y eso suponía que España y Suecia compartían unos orígenes comunes. Tengamos en cuenta una vez las palabras del profesor Sáez: «España y Suecia compartían el amor por los godos, revitalizado en los siglos *xv-xvii*: el goticismo sueco era una verdad nacional que se había proclamado —y utilizado— públicamente en varias ocasiones y que valía como la mejor tarjeta de presentación del reino sueco como el más antiguo y prestigioso de Europa».

Si nos situamos en plena Guerra de los Treinta Años (1618-1648) —un conflicto bélico que afectó prácticamente a toda Europa y a la gran mayoría de sus estados y que se cerró con la famosa Paz de Westfalia que supuso, a grandes rasgos, la caída de la preponderancia europea de la Monarquía Hispánica frente a los intereses franceses— un acercamiento e incluso una alianza entre España y la nueva potencia en la que se había convertido Suecia desde principios del siglo *xvii* podría haber jugado un papel determinante en la guerra y haber variado en parte su resultado. En este contexto algunos investigadores han querido ver en la obra del diplomático español Saavedra Fajardo *Corona gótica, castellana y austríaca* (1646) una muestra de los intereses españoles en conseguir la amistad sueca. En esta obra el contenido goticista es el motor de la misma y por ello, aparte de otras cuestiones, tendría como *leitmotiv* que

Suecia dejase su cercana posición a Francia, enemigo acérrimo y antiquísimo de España como muestra el propio Saavedra Fajardo en su libro, y entablase así buenas relaciones con España que llevasen la balanza política hacia el lado de la Monarquía Hispánica. Otros autores en cambio no terminan de ver esta finalidad en la obra de Saavedra Fajardo, más allá de la incuestionable lógica que tendría la alianza hispano-sueca. Es más, también podemos encontrar posturas tan interesantes como la del académico García Moreno, que apuesta por el propósito del autor en reafirmar la justificada herencia de los soberanos españoles en sus ancestros godos enfrentándose a la reivindicación exclusivista de los reyes suecos como verdaderos y únicos herederos de los godos.

Resulta curioso que el asunto de Saavedra Fajardo, su *Corona gótica* y el juego diplomático derivado de los pormenores de la Guerra de los Treinta Años no sea un caso aislado en el sentido del trío conformado por godos, España y determinados países nórdicos. Así, nos encontramos con otro caso también profundamente estudiado por los profesores que anteriormente hemos citado. Nos referimos al conde de Rebolledo y sus *Selvas dánicas* (1655). Es una obra distinta a la de Saavedra Fajardo, puesto que nos enfrentamos a un poema dedicado a Sofía Amalia, reina de Dinamarca y Noruega. Según los expertos, el poema, entre otras cuestiones, tendría un profundo componente diplomático, aprovechando las buenas relaciones de su autor con los miembros de la corte danesa, con vistas a conseguir algún tipo de pacto o alianza con Dinamarca debido al inicio de una nueva guerra en el norte de Europa. Más allá de los intereses personales del conde Rebolledo, como pudo suceder con Saavedra Fajardo, las *Selvas dánicas*, al haber hecho su autor uso de la historia de Dinamarca y de sus orígenes, vendría a mostrar al lector interesado que los antiguos daneses y los ancestros godos de los españoles provenían de una zona geográfica directamente relacionada, por lo que España y Dinamarca estaban estrechamente vinculadas en sus orígenes.

En resumen, vemos cómo muchos siglos después de la mítica migración de los godos desde tierras del sur de Suecia, este origen escandinavo sirvió como herramienta diplomática en el

siglo xvii en una coyuntura bélica de alianzas y tratados que poco a poco fueron acabando con la preeminencia española en Europa. Eso sí, los godos «pusieron» su grano de arena para conseguir una buena posición frente a dos influyentes países nórdicos esenciales en el nuevo tablero político de dicho siglo. Y es que, como señala el profesor Sáez: «suecos y daneses se contemplan con simpatía por el común legado godo».